

DOS MÍSTICAS MEDIEVALES: HADEWIJCH Y BEÁTRIZ

PRESENTACIÓN Y ANTOLOGÍA DE TEXTOS*

INTRODUCCIÓN

Para comprender y saborear los escritos de Hadewijch (Eduvigis), beguina del siglo XIII, es necesario sondear y captar la espiritualidad del tiempo histórico que le tocó vivir.

A este fin haremos una breve historia del término *beguina* y de la institución que representa.

Historia del término

A principios del siglo XIII este nombre se usaba para designar a los albigenses.

En 1215 encontramos en la biografía de Santa María d'Oignies escrita por Jacques de Vitry que el autor alabando el fervor religioso de las vírgenes y las viudas del Brabante y de la diócesis de Lieja, cuenta cómo sus adversarios las llamaban *beguinas* para rebajar su estima y hacerlas sospechosas de herejía:

Hacia el 1220 el mismo autor en su Sermón 2 *Ad Virgines* nos dice expresamente que la gente del mundo llama *beguinas* a estas mujeres de santas virtudes.

Vemos entonces cómo al comienzo del siglo XIII el título de *beguina* tiene un sentido injurioso, calumnioso y coincide con el de hereje.

* Hadewijch: *Lettres spirituelles. Béatrice de Nazareth: Sept degrés d'amour.* Trad. du moyen-néerlandais. Genève, 1972

Hacia el 1225 el sentido de la palabra se va positivizando, aunque todavía se desprecia a las *mulieres dictae Beguinae*.

Desde el 1240 la palabra se va difundiendo en Flandes, de Lieja hasta Colonia y en el alto y bajo Rin.

En la segunda mitad del siglo XIII la palabra toma un sentido más amplio y se usa no solo para designar a los *beguinos* y *beguinas* que viven en los conventos, sino también a todas las personas que llevan una vida de fervor religioso que se destaca de lo normal y visten un hábito particular.

Historia de la Institución

Este fenómeno religioso se puede inscribir en toda la renovación religiosa que se vivía en Europa desde el siglo X, aunque pensamos también que han podido influir en su origen causas de orden social y económico.

En efecto, muchas jóvenes obligadas a la virginidad por la estructura social, y muchas de las que habían perdido a sus maridos en las Cruzadas buscaban en la religión una solución a su estado.

La corrupción del clero y el ambiente decadente de la jerarquía contrastaban con la vida casta y severa de los que se adherían a este Movimiento, al mismo tiempo que la estimulaban. Volver al espíritu de la Iglesia primitiva, liberar al espíritu de la materia, espiritualizar el culto... fueron aspiraciones e impulsos santos que solo después llegaron a fanatismos y a herejías, como la de los cátaros que en la segunda mitad del siglo XIII se establecieron en la ciudad de Albí, sur de la Francia y fueron llamados *albigenses*.

Muchos lazos unen la organización de las *beguinas* a la de los *albigenses*: el ideal de la continencia y de la pobreza, además de algunas estructuras disciplinares de las comunidades; esto explica que algunas veces se tachara de heréticos también a los *beguinos*.

Al final del siglo XII los Cistercienses tomaron la dirección del Movimiento.

Para los hombres existió la posibilidad de entrar en las Abadías Cistercienses y para las mujeres se abrieron dos caminos:

— se construyeron Abadías Cistercienses femeninas;

— se formaron grandes Casas, *Curtas beguinales* cerca de hospitales, iglesias o casas de leprosos, muy cerca o dentro de las ciudades, para las vírgenes o viudas que no podían o no querían entrar en una Orden.

Pese a las decisiones del Concilio Lateranense de 1215, contrarias a la fundación de nuevas Órdenes religiosas, en 1216 Jacques de Vitry obtiene para ellas del Papa Honorio III el permiso para continuar viviendo en casas comunes, estimulándose recíprocamente al bien.

Este reconocimiento de parte de la Iglesia las liberó de toda acusación de herejía.

El Movimiento se difundió en toda Europa Occidental desde Francia y Alemania hasta España, Bohemia y Polonia.

En un segundo momento la dirección del Movimiento pasó a las Órdenes Dominica y Franciscana.

Su momento crítico fue en el siglo XIV² después del Concilio de Viena en 1311, los decretos de Clemente V *Cum de quibusdam mulieribus* y *Ad nostrum* quisieron borrar el Movimiento de la historia de la Iglesia, a causa de las expresiones extremosas y no siempre ortodoxas en la doctrina de los *beguinos*. Sólo unas cláusulas atenuantes permitieron a mujeres fieles seguir viviendo esta forma de vida.

La bula *Ratio recta* en 1317 del Papa Juan XXII prohibió toda oposición a las *beguinas* ortodoxas.

Luego tuvo signos de reflorecimiento en el siglo XVII y pudo superar la violencia de la Revolución Francesa. Pero desaparecerá definitivamente en el siglo XIX, cuando fuertes Congregaciones Religiosas modernas tomen las obras apostólicas y reemplacen su actividad.

Durante muchos siglos los *béguinages* permanecieron como escuelas de virtudes y santidad. Con sus formas libres y flexibles, adaptándose a todo temperamento o condición social ofrecían muchas posibilidades de vida cristiana intensa.

Vida y espiritualidad

¿Se puede hablar de una espiritualidad *beguina*?

Propiamente no, sino que hubo un Movimiento espiritual de hombres y mujeres, que empezó a manifestarse desde 1170-1200 en la diócesis de Lieja; las más fieles y constantes fueron las *beguinas*.

¿Cómo se desarrollaba su vida? En oración y trabajo: servían a los pobres, enfermos y necesitados y para imitar la vida apostólica se dedicaban al trabajo manual de hilar, coser y bordar.

La participación diaria en la Eucaristía era el centro de su vida espiritual, como también el rezo del Oficio Divino, del Rosario y otras oraciones. Observaban ayunos y abstinencias, características de su tiempo. Emitían los votos de castidad y obediencia en manos del Director espiritual o del Padre responsable de la Casa.

No hacían voto de pobreza para poder poseer algo; sin embargo estaban obligadas a llevar una vida sobria y sencilla.

En una sociedad que estaba descubriendo el placer del riesgo económico, este Movimiento se centraba en el culto a Cristo crucificado, al Niño Jesús y a su Madre y al Ssmo. Sacramento. El vacío de humanidad de la cultura del tiempo provocaba, más aún motivaba, el culto a la humanidad de Cristo.

En el período de mayor florecimiento se produjo una literatura mística que tuvo como mayores exponentes a Hadewijch, a Beatriz de Nazareth y a Matilde de Magdeburgo.

La honda espiritualidad de Hadewijch se revela a especialistas de la poesía medieval neerlandesa del siglo XIX en algunos manuscritos encontrados en la Biblioteca Real de Bruselas.

Estos manuscritos A y B provienen del Monasterio de los Canónigos Regulares de Rouge-Cloître (Congregación de Windesheim) y el manuscrito C de Gand, del Monasterio de los Canónigos Regulares de Lovaina. De su vida solo sabemos que era de Anvers por la designación de los citados manuscritos. Del estilo de sus obras se puede deducir que pertenecía a un medio culto y aristocrático. Un siglo más tarde Ruusbroec se verá influenciado por nuestra autora. Éste, cuando cita los poemas de Hadewijch, los atribuye a la espiritualidad *beguina*, por lo cual se puede decir casi ciertamente que ella era *beguina*.

Con toda probabilidad su actividad literaria se desarrolla entre el 1220 y 1240.

Los manuscritos atribuyen a Hadewijch: dos series de *Poemas*, catorce *Visiones* y treinta y una *Cartas*.

Su doctrina se injerta y se alimenta en la tradición de la teología y piedad occidentales. Su teología trasluce perspectivas agustinas y en su espiritualidad resuena el acento cisterciense (San Bernardo y Guillermo de Saint-Thierry, cf. *Carta XVIII*) como así también el espíritu victorino (Hugo de San Víctor, cf. *Carta X*).

Las *Cartas* especialmente delinear la figura de una mujer religiosa, que goza de una cierta autoridad por sus dones naturales y sobrenaturales. Nos revelan un pensamiento teológico al mismo tiempo que la dirección espiritual que ella ejercía. No dispone de un vocabulario escolástico y a veces la frontera entre imágenes y conceptos casi se esfuma. Su expresión es típicamente laica y femenina en una *llama* de experiencia extática.

Para Hadewijch la teoría está integrada en la vida, y como directora experimentada y maternal sabe alternar un precepto de abandono con un llamado a la vigilancia, una invitación a un reposo contemplativo con una exhortación a no cansarse nunca.

La síntesis y el equilibrio del aspecto contemplativo y activo es una *llama* que se alimenta de lo que quema, y quema en un total despojo. Las treinta y una *Cartas* —distintas por su contenido— tienen forma de pequeñas misivas dirigidas a personas cercanas o lejanas o a hijas espirituales, mientras que las que llevan los números X y XX son sermones o tratados. Constituyen un completo manual de vida espiritual por su vigor de expresión, por la vivacidad de su experiencia personal y su valor estético. Es considerada como una de las primeras escritoras de idioma flamenco.

El motivo constante y fundamental de su pensamiento es el Amor —*die Minne*— un término de la poesía cortesana que es la forma y el alma de sus nociones teológicas.

En su pluma significa la Esencia Divina, la caridad, el Espíritu Santo, la gracia y también la persona "amada en la caridad de Jesús" (cf. C. III).

Para comprender la espiritualidad de nuestra autora hay que destacar su teología trinitaria: el Padre es concebido como principio

de la Trinidad y hay un movimiento de amor que consiste en una alternancia: las Personas que son consideradas tales y distintas por su actividad, se vuelven a unir en la esencia y encuentran su reposo.

¡Personas, aspecto activo de Dios, y Esencia, la fruición abismal que "las absorbe"!

Para Hadewijch como para el ejemplarismo místico alemán nosotros somos imagen de la Trinidad.

En la Trinidad, la actividad del amor está en relación con la distinción de las Personas y el reposo en la simplicidad del amor está relacionado con la Esencia, con la Unidad; así también el alma pasa de la actividad del amor, expresada en sus obras de misericordia, a la mirada simple y contemplativa de la Trinidad, a la Esencia (cf. C. XVIII).

De la *Minnerhystik* se pasa a la *Wesenmystik*, es decir, de la *mística del Amor* a la *mística de la Esencia*; de la búsqueda de lo esencial a la contemplación de la Esencia, de la aplicación a lo único necesario a la revelación de la Unidad. Dos profundidades se llaman misteriosamente: la de Dios y la del alma, hecha para ser vista por Dios y para verlo (C. XVIII).

Uno de los rasgos del carácter de Hadewijch es la nobleza, ideal de la cultura de su tiempo: "Los nobles deseos y la pureza del corazón son los bienes que hay que salvaguardar" (C. XII).

Nobles son las almas siempre dispuestas a escuchar a Dios cuando las invita a dejarlo todo (C. XVI).

Nobleza es la acogida de la sobreabundancia divina que quiere comunicarse al alma (C. XXII).

Para contemplar el retrato de la mujer escritora y santa, nos impacta y fascina su sentido estético. En sus *Cartas* hay muchas expresiones que exaltan la belleza y su invitación constante es servir y vivir *bellamente*. Una lectura meditada de las *Cartas* de Hadewijch podrá sumergirnos en este mundo del Espíritu que sopla fuertemente en los Santos y nos invita a seguirlo, imitándolos en la entrega de amor al Amor.

He aquí una breve antología de sus escritos.

CARTAS ESPIRITUALES

Carta I: Vivir en la luz de Dios

La claridad más intensa que se pueda tener en la tierra es ser verdadero en toda obra de justicia actual, practicar la verdad en todo, para la gloria del noble amor que es Dios mismo...

¡Oh! ¡la gran claridad es esto: dejar a Dios ser y actuar en su claridad propia!

Aprende a contemplar lo que Dios es: Verdad en la cual toda cosa se manifiesta, Bondad por la cual toda riqueza desborda, Integridad de la Omni-potencia. Es a causa de estos nombres misteriosos que se canta tres veces Santo en el cielo, porque comprenden en su unidad todas las virtudes, cualesquiera sean las obras particulares que realicen como Personas distintas. Considera cómo Dios te ha conservado paternalmente lo que te ha dado y lo que te ha prometido. Considera cuán sublime es el amor que los amantes se dan recíprocamente y manifiesta gratitud por ese amor. Contempla, si quieres, lo que Dios es y actúa a su luz tanto por la fruición gloriosa como por la clara manifestación que ilumina las cosas o las esconde en la tiniebla, según conviene...

Carta II: Abandono total al amor

...No hagas nada ni dejes de hacer nada que no sea por el honor del amor...

Te suplico, vive para Dios, de tal manera que no faltes a las grandes obras propias de tu vocación...

Las veces que sientas una gran angustia, tan grande que te parezca estar abandonada por Dios, trata de no perder la confianza. Te digo en verdad: toda miseria, todo exilio que se soporta con buena voluntad y por su amor, es agradable a Dios y nos acerca a su pura Esencia...

Es necesario que te abandones con toda tu alma a su poder y que lo dejes obrar sin dudar...

Sufre de buena gana, en toda su profundidad, el dolor que Dios te manda... Sigue la exigencia de tu corazón que no quiere vivir sino solamente para Dios. Ningún extranjero penetra allí. Aquel a quien tú encuentras ahí, en quien crees, a quien sientes habitar maravillosamente en lo más hondo de ti, asegurándote su poder y su presencia íntima, su Ser indefectible, está verdaderamente muy por encima tuyo; es a Él a quien tienes que seguir, a Él te someterás sin envilecerte.

Finalmente, si quieres tener lo que es específicamente tuyo, entérgate a Dios y deviene lo que Él es.

Por el honor del amor, renuncia a ti misma en todo lo que puedas y obedece en toda tu conducta al mandamiento de ser perfecta. Para llegar a hacer esto mantente humilde, sin enorgullecerte por tus obras...

Carta III: El amor al prójimo alcanza el Corazón de Dios

Podríamos desde ya comprender las costumbres del cielo y en gran parte hacerlas nuestras, si el lazo de amor nos arrancara de las costumbres de esta tierra, si deseásemos a Dios con una pasión celestial muy ardiente, si amásemos a nuestros hermanos, como debemos, en todas sus necesidades...

El amor fraternal sigue el orden requerido en la caridad de Jesús: lleva ayuda al hermano muy amado en la alegría y en la tristeza, en la adversidad o en la dulzura; con los servicios y los consejos, las advertencias o los consuelos, según la necesidad. Mantén siempre alertas tus facultades y sigue al amor divino, de manera que no encuentre en ti nada digno de reproche.

Es así como se alcanza verdaderamente a Dios, por donde Él no puede defenderse; ya que se actúa como Él mismo obra, en la voluntad de su Padre, cuyo mandamiento Él cumple. Tal es el mensaje del Espíritu Santo. Es entonces cuando el Amor revela muchas maravillas a nuestro conocimiento, una creciente verdad celestial a nuestra admiración.

Carta VIII: Doble temor

A medida que crece el amor entre dos seres (Dios-el alma), no cesa de crecer también un temor en el amor.

Mejor dicho, un doble temor: se teme primero no ser digno de un amor tan grande, no entregar nunca lo suficiente para unirse a Él...

Es una noble pasión que ilumina el espíritu, instruye el corazón, purifica el alma, confiere sabiduría a la inteligencia, unidad a la memoria, mantiene la verdad en las obras y las palabras y nos concede no temer ninguna clase de muerte...

El segundo temor es que el Amor no nos ame bastante, porque nos ata y nos angustia de tal manera que estamos agobiados bajo la carga y su ayuda parece verdaderamente fallarnos: pensamos que estamos amando solos...

El profundo desafío (de amarlo y ser amado) mantiene constantemente el temor, ya sea el de no amar bastante, o el de no ser amado...

El que ama gusta permanecer en soledad para amar el amor y poseerlo.

Carta IX: La unión perfecta

¡Que Dios te haga conocer, querida hija, quién es y cómo Él se sirve de sus servidores, sobretodo de sus pequeñas servidoras; que te absorba en Él, en las profundidades de su Sabiduría!

Allí en efecto, te mostrará lo que Él es y cuán dulce es la habitación del Amado en el amado, cómo se penetran de tal manera que cada uno de ellos no sabe distinguirse más. Es fruición común y recíproca, boca a boca, corazón a corazón, cuerpo a cuerpo, alma en el alma; una misma suave Esencia divina los traspasa, los invade a los dos, de manera que son una misma cosa: él uno para el otro y viven sin diferencia, viven así para siempre.

Carta XII: El precepto supremo

...Aquellos en quienes hace arder la preocupación por complacerle, son como Él, eternos y sin fondo¹.

1. En el amor de Dios, las almas se descubren de alguna manera eternas y sin fondo como Él. Tema de la mística de las beguinas, que anuncia ya el Maestro Eckhart: adoptado por este, adquiere un tono metafísico, pero la transición se anuncia ya en Hadewijch.

Su conversación está en el cielo y su alma sigue por todas partes al Amado, que es de una profundidad infinita. Aunque amaran con un amor eterno nunca alcanzarían el fondo del amor; así mismo no pueden alcanzar a quien aman ni pagar toda su deuda aunque tengan únicamente la voluntad de satisfacerle o morir por el camino...

Sólo es el amor el que nos atrae a nosotros y nos hace sentir íntimamente quién es nuestro Dios; de otra manera no podríamos saberlo...

Siguiendo al amor fácil se olvida la humildad que es el lugar más puro y la habitación más digna adonde recibir al Amor. Esta tendencia hace perder la razón iluminada, la regla que nos muestra justamente lo que debemos tributar al amor cuando queremos complacerle...

Es necesario que renuncies total y simplemente a tí misma, de manera que Dios pueda hacerte arder en un fuego puro, en lo más simple de tí misma, y que este fuego invada de tal manera tu ser y tu actuar que toda cosa fuera de Dios te sea nada: ni placer, ni pena ni favor, ni trabajo...

Carta XIV: Cómo se sirve sabiamente al Amor

...Es justo en verdad, que la amada, en el secreto, sea toda del Amado; que el Amado sea todo para ella en una intimidad perfecta, como dice la esposa del Cantar: *Él es para mí y yo soy para Él.* ¿Cómo se puede ser para Él solo?

Todo lo que se hace a los otros si no es del Amado al Amado, es cosa extraña: sólo lo que le pertenece es totalmente dulce y justo en toda forma. Si quieres alcanzar la perfección es necesario primero que aprendas a conocerte muy concretamente: en tu voluntad buena o mala, en tus gustos y tus rechazos, en tu manera de actuar, de confiar y de desconfiar, en toda cosa que pasa. Prueba tu paciencia en las contrariedades y tu desapego cuando tengas que renunciar a lo que te gusta...

Fíjate si sabes vivir de manera sabia y equilibrada los acontecimientos agradables. Mántente igual en toda ocasión, en el descanso como en el sufrimiento; conserva prudentemente delante de tus ojos el ejemplo de nuestro Señor que es para nosotros modelo de toda virtud...

Carta XVII: Obrar con las Personas y reposar en la Unidad

¡Que seas pronta y celosa en toda virtud
 y cuídate de aplicarte solo a una.
 No descuides ninguna obra
 y no hagas nada particular!
 ¡Que seas buena y compasiva con toda miseria
 y no estés solícita solo por una!

Quería darte éstos consejos desde hace mucho tiempo, lo deseaba mucho.. Que Dios mismo te haga comprender lo que quiero decir, en la esencia una y simple del Amor.

Estas prohibiciones son las mismas que Dios me ha hecho. Deseo comunicártelas porque pertenecen, en toda verdad, a la perfección del amor y convienen de manera justa y perfecta a la Deidad.

Los modos que he mencionado definen en efecto los aspectos del Ser divino.

Ser pronto y celoso es el carácter del Espíritu Santo, gracias al cual es Persona subsistente; pero *no dedicarse a ninguna cosa particular* es la naturaleza del Padre (es decir, de la Esencia considerada como origen de las Personas); es por esto que Él es Padre (Esencia) sin distinciones.

Dar y conservar de tal manera es la Deidad misma y toda la naturaleza del Amor.

*No descuides ninguna obra
 y no hagas nada particular.*

El primer verso designa la virtud del Padre (como Persona) por la cual es Dios todo-poderoso; el segundo verso designa su voluntad justa (en cuanto Esencia única) por la cual cumple sus obras soberanas y secretas en el seno de la profunda tiniebla, desconocidas y escondidas a todos los que están debajo de esta pura unidad de la Deidad.

Ellos se mantienen debajo de la Unidad sirviendo a las Personas según conviene a cada una, en toda fidelidad como dije en el primer verso de este dístico:

Pronto y celoso en toda virtud,

.....

no descuidando ninguna obra,

.....

compadeciéndote de toda miseria

.....

Esto parece ser la vida más hermosa que se pueda llevar aquí abajo; no he cesado de aconsejártela antes que todo, tú lo sabes, porque yo la he vivido en la dedicación y en las obras, en toda nobleza hasta el día en que me fue prohibida.

Los otros tres versos (el segundo de cada dístico) expresan la perfección de la unión y del amor; el amor en toda justicia mira a sí mismo y a ninguna otra cosa, un solo Ser, una sola Caridad.

¡Ahl ¡Qué Esencia terrible que absorbe en la unidad de su naturaleza tanto odio y tanto amor!

Ser buena y compásiva con toda miseria

corresponde al Hijo como Persona distinta: así fue Él y así fue su obra en toda belleza;

estar solícito solo por una

es de nuevo el Padre (la Esencia única) que "engulle"² al Hijo: tal es siempre su obra, cuya inmensidad nos aterra. Esto es la Unidad, bella sobre todas las cosas, del amor de la Deidad; ella es tan justa por las justicias del amor, que absorbe el celo y la humanidad y la virtud que no quisiera faltar a ninguna de las necesidades (de los Hermanos). Absorbe la caridad y la piedad que se dirigía hacia los del Infierno y del Purgatorio y hacia los que desconocen a Dios o hacia los que le conocen, y sin embargo se escapan de su amorosa voluntad; hacia los amantes que sufren más que todos ellos porque se ven privados de lo que ellos aman.

La justicia absorbe todo esto en sí misma.

Cada Persona, no obstante, no deja de dar en particular lo que le es propio como ya lo he dicho...

2. Esta imagen del "engullimiento" para indicar el reflujó de las Personas en la unidad de la Esencia, será tomada nuevamente por Ruusbroec y empleada repetidamente por él.

La justa naturaleza de la Unidad³, en la cual el amor no pertenece más que a sí mismo y no es más que pura fruición de sí, no se entrega a ningún ejercicio, de virtud o de bondad ni a ninguna obra particular por bella y aconsejada que sea: la Unidad no tiene piedad de ninguna miseria aunque sea capaz de aliviarla. En este gozo del amor no puede haber ninguna otra obra que la fruición simple por la cual la poderosa y simple Deidad es Amor...

Carta XVIII: Naturaleza del alma y su reposo divino

...Comprende la naturaleza profunda de tu alma y el sentido mismo de esta palabra. El alma es un ser que alcanza la mirada de Dios y por la cual Dios a su vez es visible...

El alma es un abismo en el cual Dios se basta a Sí mismo, encontrando en ella su plenitud en todo instante; así igualmente ella se plenifica en Él. El alma es para Dios un camino libre donde puede lanzarse hasta sus últimas profundidades y Dios es para el alma a su vez el camino de la libertad hacia ese fondo del Ser divino que nada puede tocar sino el fondo del alma. Si Dios no fuera totalmente para ella, no podría bastarle...

Carta XX: Las doce horas misteriosas

La naturaleza de donde procede el verdadero Amor tiene doce horas a través de las cuales lo vemos salir y después volver a sí mismo.

Cuando el Amor vuelve reintegra en sí lo que ha traído de esta gira: el espíritu que busca, el corazón sediento, el alma amante. El Amor los lanza al abismo de su poderosa naturaleza de donde nace y donde se alimenta. Es así como las horas innominadas vuelven a su naturaleza desconocida.

El Amor vuelve a sí mismo y goza de su naturaleza arriba, abajo y alrededor de sí mismo.

3. *La justa naturaleza de la Unidad.* Paradoja eckhartiana por adelantado: Hadewijch coloca la justicia por encima de la misericordia (de las obras particulares). La justicia en cuestión es la integridad inefable de la Naturaleza divina

Todos los que han alcanzado esta experiencia tienen compasión de las almas caídas en el abismo (del Amor) que deben obrar, vivir y morir según las órdenes del Amor y de su terrible naturaleza.

La primera hora innominada, en medio de las doce que llevan al alma hacia la naturaleza del Amor es la manifestación de Éste: el Amor se revela y nos toca de improviso sin que se le haya pedido; no obstante el alma está muy lejos de suponer su nobleza y el poder de su naturaleza en sí misma. Es por esto que esta hora se llama con justicia innominada. La segunda hora innominada es la hora en la cual el Amor hace saborear la muerte violenta a nuestro corazón; lo hace morir sin expirar, no obstante que el alma haya conocido por poco tiempo el amor y apenas haya pasado de la primera a la segunda hora.

En la tercera hora innominada el Amor enseña al alma cómo se puede vivir y morir con él, y le hace comprender que no se puede amar sin sufrir mucho.

En la cuarta hora innominada, el Amor hace gustar al alma sus juicios secretos más profundos y más oscuros que el abismo. Le hace comprender la desdicha del vivir sin amor.

Esta hora es llamada con justicia innominada; en esta se aprende los juicios del Amor sin conocerlos todavía.

La quinta hora innominada es aquella en la que el Amor arranca el alma y el corazón. El alma sale de sí misma, se deja y deja al Amor para entrar en la esencia del Amor.

Ella pierde en ese momento su asombro y su miedo delante de la oscuridad de los juicios divinos; olvida las penas del amor. En esta etapa no conoce nada más del Amor sino el acto de amar. Parece un abajamiento y no lo es para nada. Con justicia esta hora es llamada nuevamente innominada: cuando se está más cerca del conocimiento se conoce menos que nunca.

La sexta hora innominada se encuentra en esto, en que el amor desprecia la razón, todo lo que se encuentra en ella y todo lo que le atañe. En efecto lo que pertenece a la razón (común) es opuesto a la naturaleza del amor; ella no puede darle nada ni tomar nada de él. La noble razón del amor es una ola que se eleva sin tregua y sin cansarse.

En la séptima hora innominada ninguna cosa puede morar en el amor y nada lo puede tocar sino el deseo. Este toque es el secreto del amor, nace del mismo amor; porque el amor es siempre deseo y se devora a sí mismo sin tregua; a pesar de ser perfecto. El amor puede morar en todas las cosas, puede morar en el cuidado caritativo del prójimo, pero este cuidado no puede morar en el amor. En el amor no puede morar nada, ni compasión, ni bondad, ni humildad, ni razón, ni temor, ni discreción, ni medida, ni ninguna otra cosa. El amor habita en todas estas virtudes o actividades, las alimenta, pero él mismo no recibe ningún alimento más que de su propia esencia.

En la octava hora innominada, la naturaleza del amor se hace conocer mostrando su rostro, como la suprema maravilla.

Si en otros seres el rostro es la parte que mejor se revela, en el Amor él está en el punto más alto y más secreto porque no es otra cosa más que el Amor en sí mismo. Sus otras partes, sus obras son más fáciles para conocerlas o concebirlas.

En la novena hora innominada, el Amor se manifiesta en su peor violencia, en el asalto más duro y en la invasión más honda, mientras su rostro alcanza la más grande dulzura, la suavidad y la amabilidad supremas; se ofrece en su aspecto más encantador. Cuanto más profundamente hiere al que asalta, tanto más dulcemente lo arrebatata y absorbe en sí mismo por la nobleza de su rostro.

En la décima hora innominada, el amor no rinde cuenta a nadie, mientras que todos los seres le deben dar razón de sus actos.

El amor le saca a Dios el poder de juzgar a quienes ama.

El amor no cede ni a los santos ni a los hombres, ni a los ángeles, ni al cielo, ni a la tierra; vence la Deidad en su naturaleza propia. Él clama en todos los corazones de los amantes, en voz alta, sin apaciguamiento y sin tregua: *Amen al Amor*.

Esta voz es tan poderosa, tan terrible, que sobrepasa el ruido del trueno. Esta palabra es el lazo con el cual el amor retiene a sus prisioneros, es la espada con que hiere a los que toca, es la vara con que castiga a sus hijos, es la doctrina con la que instruye a sus discípulos.

En la undécima hora innominada, el Amor posee con violencia a quien ama, de manera que nuestro espíritu no puede separarse del Amor un solo instante, ni nuestro corazón puede desear, ni nuestra alma puede amar otra cosa fuera de Él.

El amor simplifica tanto el pensamiento del hombre que este no puede pensar ni en los santos, ni en los hombres, ni en el cielo, ni en la tierra, ni en los ángeles, ni en sí mismo, ni en Dios, sino en el solo Amor que lo posee siempre presente, siempre nuevo.

Por fin la duodécima hora es parecida a la suprema naturaleza del Amor: en ella el Amor brotando de sí mismo y obrando en sí mismo, se abisma de tal manera en sí que se basta en su pura esencia.

Él, en verdad, se basta y aunque nadie amara al Amor, su Nombre permanecería puramente amable en su noble naturaleza. Este Nombre es su ser interior y su obra exterior, su corona y su cimiento.

Estas son las doce horas innominadas del Amor. *Innominadas* porque en ninguna de ellas el amor del Amor puede ser comprendido, sino por las almas que han sido lanzadas en el abismo de la profunda esencia del Amor, o que le pertenecen.

Allí penetra la fe más que la inteligencia.

II. Beatriz de Nazareth. Las siete maneras del amor

Introducción

Para introducir un breve escrito que se presenta de por sí, nos basta atisbar en la vida de la autora y delinear algunas expresiones más llamativas de su espiritualidad.

Conocida como Beatriz de Nazareth, sabemos por la *Vita* -una biografía latina del confesor cisterciense de las monjas de Nazareth- que nace en Tirlmont a comienzos del siglo XIII.

A los siete años pierde a su madre Gertrudís y su padre Bartolomé la conduce con sus otras hermanas; Cristina y Sibilla, a distintos conventos que él mismo ayuda a fundar.

Es así confiada a la educación de las Beguinas de Léan, donde sigue el curso de las artes liberales, el "trivium" (gramática, retórica y dialéctica).

Hacia el 1210 entra como oblata en el Monasterio de Florival, que había adoptado la observancia cisterciense.

Sigue con el programa completo de estudios, es decir, el "quadrivium" (música, aritmética, geometría y astronomía).

A los quince años pide hacerse monja. No obstante las reticencias de la abadesa y de la comunidad, a causa de su debilidad y de su mala salud, toma el hábito el Jueves Santo de 1215 y después de un año hace su profesión.

En el convento de La Ramé, donde es mandada para aprender el arte de la caligrafía y de la miniatura, se une con lazos de profunda amistad espiritual a Ida de Nivelles. Es esta una de las amistades que influirán fuertemente, en la línea cisterciense, en la vida espiritual de Beatriz.

Se queda en Florival (Bloemendaal), en Oplinter, donde emite los votos solenes en 1225.

Desde 1236 reside en el convento de Nazareth, donde es priora desde 1237 hasta el 29 de agosto de 1268, fecha de su muerte.

La *Vita* aunque escrita en estilo hagiográfico, revela el camino espiritual de nuestra mística. Las etapas normales de iniciación, progreso y perfección están descritas con sus respectivas manifestaciones de penitencias, éxtasis y visiones.

Atraída desde joven por el amor de Dios y por la pasión de las cosas divinas, se somete a duras penitencias. Experimenta después grandes purificaciones pasivas con tentaciones, aridez... A un carácter sereno y dulce, se une una gran capacidad especulativa; a una vida afectiva arrebatada por el movimiento del amor de Dios unas veces cercano y otras veces lejano, no le falta la luz de la razón que aplica al conocimiento de sí misma. Sus inspiradores son San Bernardo, Guillermo de Saint-Thierry y los Victorinos.

Como para Hadewijch de Anvers también para Beatriz el alma desea ardientemente volver a recuperar la semejanza divina, perdida por el pecado, y ser curada de toda herida. Encontrará su pureza original en un despojo total de todo lo que no es Dios, y juntamente, como signos de restauración, la integridad y la libertad.

Un momento clave en la vida de Beatriz es el desprendimiento total de su voluntad propia y la unificación de sus potencias. En la unión transformante, su voluntad es la voluntad divina que la impulsa a un amor universal. Enraizada en la caridad, desborda en gestos concretos de sostén, consuelo y consejo hacia todos: los más pobres, los enfermos y los sufridos.

Es siempre la humanidad de Cristo quien la atrae; en las visiones, su Sangre la inunda y purifica; descansa sobre su Corazón; recibe, en una unión de corazones, todo el espíritu de Cristo. En un pacto de amor ella está dispuesta a hacer todo lo que el Señor le pida y Él imprime su imagen como en un cirio, para asemejarla a Él.

Para Beatriz la cumbre de la experiencia interior es la participación en el misterio trinitario a la cual el alma es llevada por Cristo.

Como en Hadewijch, encontramos en Beatriz la misma experiencia mística, la *Minnemistik*, que en esta última se desarrolla en el estado puro.

La lectura íntegra de *Los siete grados del Amor* nos mostrará como la *Vita* es realmente una síntesis de todo lo que Beatriz vivió y expresó en este su escrito. Siempre es el Amor quien conduce y ordena, desciende y retorna, libera y une, se ausenta y está presente en todo el obrar. Seguramente esta experiencia espiritual nos puede tocar hondamente y también despertar y alimentar nuestro deseo en el camino hacia el Amor.

LAS SIETE MANERAS DEL AMOR

El amor toma siete formas que provienen de la cima del ser y retornan a la cumbre.

I

La primera manera es un deseo activo del amor que debe reinar en el corazón mucho tiempo antes de vencer todo obstáculo, debe obrar con fuerza y vigilancia, y crecer con valor mientras dure este estado.

Este deseo proviene de manera evidente del mismo amor: el alma buena que quiere servir fielmente a nuestro Señor, seguirlo sin temor y amarlo en toda verdad, está movida por este deseo de vivir en la pureza, la nobleza y la libertad, en la cual Dios la creó a su imagen y semejanza; semejanza que es necesario amar y conservar por encima de todo.

Es por este camino que quiere caminar, actuar y crecer, subir hacia un amor más alto, hacia un conocimiento más íntimo de Dios, hasta la perfección para la cual está hecha, adonde se siente llamada por su Creador. A esto se dedica día y noche, a esto se entrega totalmente. Ésta es toda su pregunta, todo su esfuerzo, toda su insistencia delante de Dios, todo su pensamiento: ¿Cómo llegar a ganar la intimidad del Amor y asemejarse en todo adorno de las virtudes, en toda pureza de constante nobleza, en todo lo que a Él le conviene? Esta alma examina a menudo lo que ella es y lo que debe ser, lo que tiene y lo que le falta: llena de celo y de grandes deseos, con toda la sagacidad de la que es capaz, trata de cuidarse y de evitar todo lo que podría serle un obstáculo en las obras del amor; su corazón no reposa nunca, su voluntad no se cansa de buscar, de pedir, de aprender, de alcanzar y de conservar todo lo que puede ayudarla a avanzar en el amor.

Tal es la preocupación del alma en este estado, su obra y su trabajo, hasta que consiga por fin, de Dios —a causa de su celo y su fe— poder servir al Amor sin que la detengan las culpas pasadas, con una conciencia libre, un espíritu purificado, una inteligencia clara.

El deseo de tal pureza y de tal nobleza proviene evidentemente del amor y no del temor. Este nos hace actuar o sufrir, tomar o dejar las cosas para evitar la terrible cólera divina, los juicios de este justo Juez, los castigos eternos y los males temporales. Solo el amor, sin embargo, nos dirige hacia la pureza, hacia la alta y suprema nobleza que Él es por esencia, que Él posee y goza, que enseña naturalmente a las almas desde el momento en que se abandonan a Él.

II

Otra manera de amor a veces es esta: el alma quiere amar de manera totalmente gratuita. Ella quiere servir a nuestro Señor por nada: amarlo simplemente, sin porqué, sin recompensa de gracia o de gloria; como una joven que se dedica al servicio de su señor por puro amor, sin ningún sueldo, satisfecha por servirlo, y de que él deje que le sirva. Así querría devolver fielmente amor por amor, servirle amando sin medida, más allá de toda razón y de todo lo que el hombre puede entender. En este estado está ardiente de deseos, pronta a servir, dispuesta a los trabajos, dulce en la molestia, alegre en la contrariedad; con todo su ser, no quiere más que complacer al amor. Hacer o sufrir algo en su servicio, he aquí lo que le gusta y le basta.

III

En la tercera manera de amar, el alma de buena voluntad pasará por grandes penas porque quiere a toda costa contentar al Amor y satisfacerlo en todo honor, en todo servicio, en toda obediencia de amor.

Este deseo a veces surge en ella violentamente; se empeña en querer hacerlo todo: no hay virtud donde no busque la perfección; no existe nada que no esté dispuesta a sufrir o soportar; nada ahorra, no admite ninguna medida en su esfuerzo. Está dispuesta a todos los sacrificios, pronta, intrépida en la pena o en el trabajo.

Pero a pesar de todo lo que hace, queda insatisfecha.

Este es su peor dolor, no poder rendir justicia al amor según sus deseos, encontrarse siempre en deuda con Él.

Sabe sin embargo que esto sobrepasa las fuerzas humanas, y también, en mucho, su capacidad; lo que desea en verdad es irrealizable para toda creatura.

Ella, en efecto, quisiera hacer sola cuanto hacen todos los hombres sobre la tierra y todos los espíritus en el cielo, cuanto todos los seres del cielo y de la tierra, e infinitamente más todavía, para servir, honrar y amar al amor según conviene a su dignidad.

Todo lo que falta en sus obras, quiere suplirlo con la intención perfecta y la fuerza del deseo. Pero ni aun esto la consuela.

Sabe bien que el cumplimiento de tales votos está por encima de su alcance, de todo sentido y de toda razón humana, pero no llega a moderarse, a dominarse, a tranquilizarse.

Hace no obstante todo lo que puede: tributa al amor gracias y alabanzas, obra y trabaja por él, se ofrece enteramente al amor y no actúa más que en él.

En todo esto, no hay descanso para ella: debe sufrir siempre por no poder alcanzar lo que codicia.

Queda sumergida en la pena, en la languidez insaciable: le parece que muere sin morir y que en esta muerte sufre el infierno. Su vida es, en verdad, infernal; no es más que decepción y desgracia, los deseos angustiosos la martirizan; ningún cumplimiento, ninguna satisfacción, ningún reposo se deja entrever.

Tiene que permanecer en este estado hasta que nuestro Señor la consuele con otra manera de amar, con un conocimiento más íntimo de Él: entonces podrá poner por obra el don nuevo recibido de Él.

IV

En la cuarta manera de amar, nuestro Señor hace saborear al alma, de vez en cuando, grandes delicias y grandes penas, de las cuales vamos a hablar ahora.

En algunas horas, parece que el amor se despierta dulcemente en ella y se levanta espléndido para conmover el corazón sin ninguna acción de la naturaleza humana. El corazón es excitado tan tiernamente, atraído tan vivazmente, alcanzado tan fuertemente y abrasado por él tan apasionadamente, que el alma está totalmente conquistada. Experimenta una nueva intimidad con Dios, una iluminación del espíritu, un maravilloso exceso de delicias, una noble libertad y una estricta necesidad de obedecer al amor; conoce la plenitud y la sobreabundancia. Siente que todas sus facultades

pertenecen al amor, que su voluntad es amor; se encuentra sumergida e imbuida en el amor, ella misma no es más que amor. La belleza del amor la hace hermosa, su fuerza la devora, su dulzura la absorbe, su justicia la sumerge, su nobleza la abraza; la pureza del amor la adorna, su altura la eleva y la asocia a sí mismo: ella pertenece toda al amor y no puede ocuparse más que de él.

Cuando siente esta sobreabundancia de delicias y esta plenitud, su espíritu se abisma enteramente en el amor, su cuerpo desfallece, su corazón se lícua y sus fuerzas la abandonan. Está tan dominada por el amor que apenas puede sostenerse; a menudo pierde el uso de sus miembros y de sus sentidos. Es como un vaso lleno, cuyo contenido rebosa al más pequeño movimiento: la plenitud de su corazón la abruma y sin que ella sepa cómo, el amor la desborda.

V

En la quinta manera, acontece alguna vez que el amor se presenta en el alma como una tormenta, con mucho fragor y exceso deleitoso, de manera que el corazón parece que se va a romper y el alma a salir de sí misma en el acto del amor y de la fruición. Ella es llevada por el deseo del amor al cumplimiento de sus grandes obras, a las obras puras del amor: quiere satisfacer al amor en sus múltiples exigencias. O bien quiere reposar en el dulce abrazo del amor, en la riqueza deleitosa y el colmo de todo bien: su corazón y todos sus sentidos lo desean con ardor, lo buscan con celo y lo reclaman con pasión.

Cuando está en este estado, ella se encuentra tan fuerte en el espíritu, abraza tantas cosas en su corazón, siente tal aumento de fuerza física, de prontitud y de energía en su obrar —por fuera y por dentro— que le parece que todo en ella es actividad y trabajo, aun cuando su cuerpo reposa.

Se siente, sin embargo, atraída desde el interior, alcanzada fuertemente por el amor, presionada por la impaciencia y las múltiples penas de un corazón insatisfecho. Quizá es el sentimiento mismo del amor que, sin razón alguna, le hace sufrir, a veces, la ausencia de estos bienes de los cuales el amor tiene sed, y el rechazo de la fruición de su deseo. En este momento el amor pierde, por un instante, toda medida, brota con tal violencia, agita el

corazón tan fuerte y furiosamente, que parece herido por todas partes, y sus heridas no cesan de renovarse, cada día más ardientes y dolorosas. Le parece que sus venas se rompen, que su sangre se derrama, que su médula se desmédra; sus huesos desfallecen y todos sus miembros sienten la quemadura interior y la ira soberana del amor. A veces es también como una flecha que atraviesa su corazón hasta la garganta y le hace perder los sentidos, o como un fuego que atrae todo lo que puede consumir. La violencia que esta alma experimenta es tan fuerte y la acción del amor es tal —sin medida ni piedad— que lo exige y devora todo.

La Novia está tan atormentada, aplastada, agotada interiormente, que sus energías no le bastan para nada; pero su alma está nutrida, su amor está amamantado y su espíritu elevado por encima de sí mismo.

El amor en verdad sobrepasa de tal manera sus potencias que quisiera a veces quebrar el lazo de su poder y de tantos sufrimientos (si se pudiera), sin turbar la unión de amor que la sigue tan de cerca, que la sujeta de tal forma en su inmensidad, que no puede mantener ni medida, ni razón; no puede seguir el buen sentido ni moderarse, ni esperar sabiamente.

Pero cuanto más recibe de lo alto, tanto más reclama ella; más se le revela de verdad, más el deseo la impulsa a acercarse a esta luz que es la verdad, la pureza, la nobleza y la fruición del amor.

Entonces es arrastrada y estimulada más fuertemente cada día; no está todavía satisfecha ni tranquila. Lo que más la devora y la atormenta, es lo mismo que a su vez la cura y la consuela; lo que la hiere en lo más profundo, le asegura mejor que todo, la salud.

VI

En la sexta forma, cuando la Novia de nuestro Señor está más elevada y adelantada en la piedad, experimenta otra forma de amor con conocimiento más íntimo y más alto.

Siente que el amor ha triunfado sobre sus defectos, que domina sus sentidos, que adorna su naturaleza, que dilata y exalta su ser. Ella es ahora dueña de sí misma y no encuentra más resistencias; posee su corazón con toda seguridad para actuar libremente o reposar en la fruición. En este estado no hay nada que le parezca pequeño: todo lo que conviene al amor es fácil para hacerlo o

dejarlo, para sufrirlo o para llevarlo; el ejercicio de la caridad ya no le cuesta.

Experimenta entonces una devoción divina, una pureza límpida, una suavidad espiritual, una libertad ferviente, un sabio discernimiento, una dulce igualdad con nuestro Señor y una ciencia íntima de Dios.

Miren: ella se parece ahora a una ama de casa que ha arreglado su hogar como conviene, lo ha refaccionado sabiamente y ordenado con belleza; que toma y deja según su conveniencia, abre y cierra a su gusto.

Así es esta alma: ella es amor, y el amor reina poderoso y soberano en ella; tanto en la acción como en el reposo, en lo que emprende o evita hacer, tanto en las cosas externas como en las interiores, obra según su voluntad.

Como el pez que nada en la anchura del río o reposa en su profundidad, como el ave que vuela atrevidamente en las alturas, así siente que su espíritu se mueve libremente en la altura y en la profundidad, en la abundancia de las delicias del amor.

El poder del amor la ha conquistado y conducido, la ha conservado y protegido; le dió la prudencia y la sabiduría, la dulzura y la fuerza de la caridad. El amor mantuvo escondido este poder hasta el momento en que ella por una nueva ascensión, se ha hecho maestra de sí misma, en el dominio del amor.

Él (el amor) la colma hasta tal punto de coraje que no teme más ni a hombre, ni a demonio, ni a ángel, ni a santo, ni a Dios mismo, en lo que hace o deja de hacer, en su actuar o en su reposo.

Siente que el amor está en ella vigilante y activo tanto en el reposo como en sus múltiples trabajos. Sabe y siente que ni el trabajo, ni el sufrimiento importan al amor, cuando este reina en un alma.

Todos los que quieren alcanzarle deben buscarlo temblando, seguirlo con fe, ejercitarse con ardor y no ahorrarse ni los esfuerzos ni los dolores, ni la paciencia en soportar el tormento o el desprecio.

No hay cosas pequeñas que estas almas no hayan de considerar grandes, hasta que el amor vencedor obre en ellas sus obras soberanas y haga pequeñas las grandes cosas, facilite toda fatiga, endulce toda pena y las absuelva de toda deuda.

Esto es libertad de la conciencia, dulzura del corazón, sabiduría de los sentidos, nobleza del alma, elevación del espíritu y comienzo de la vida eterna. Es una vida angelical iniciada ya en la carne; en la eternidad será la consumación.

¡Que Dios se digne concederla a todos nosotros! Así sea.

VII

El alma bienaventurada conoce una séptima manera de amor sublime que obra en ella interiormente un singular trabajo.

Es atraída hacia el amor por encima de sí misma, por encima de los sentidos de la razón humana y de toda actividad de su propio corazón; es atraída por el solo amor divino en la eternidad, en la inmensidad inconcebible, en la anchura, en la altura incansable y el abismo profundo de la Deidad que está en toda cosa y queda incomprendida, inmutable en la plenitud del ser todopoderoso, que lo comprende todo y obra todo por su acto soberano.

La Novia es entonces abismada en el amor con tanta ternura, llevada por una aspiración tan fuerte, que su corazón enloquecido no puede contener más el impulso interior; su alma en el exceso de amor se deshace y desvanece; su espíritu cede totalmente al furor de los potentes deseos.

Ella quiere establecerse en la fruición: todo en ella tiende a esto. Es lo que exige de Dios, lo que busca ardiente y apasionadamente en Él; no puede cesar de quererlo, porque el amor no le deja ni tregua, ni paz, en ninguna forma. El amor la exalta y la abaja; le hace saborear la muerte y la vida; la cura y la hiere nuevamente; la enloquece y la vuelve a hacer sabia, y por sus caminos la atrae al estado más alto.

Entonces todo su ser y toda su voluntad, su aspiración y su amor están establecidos en la verdad y en la claridad pura, en la alta nobleza y en la belleza de delicias, en la dulce compañía de los espíritus superiores que se deshacen en el mar del amor hasta que contemplen a su Amor y lo conozcan claramente en la fruición. Su voluntad queda allí arriba en medio de los espíritus, es allí adonde vaga por el deseo, sobre todo en el coro de los Serafines ardientes; pero es la Divinidad, la altísima Trinidad quien es su habitación y su reposo bienaventurado.

Ella busca al Amado en su majestad; lo sigue y lo contempla con el corazón y el espíritu. Lo conoce, lo ama, y lo desea de tal forma que no mira ni a santo, ni a ángel, ni a hombre, ni a ninguna criatura, sino a Dios mismo en este amor común, por eso ama a todos los seres en Él.

Es a Él solo a quien ha elegido en el amor por encima de todo, por debajo de todo y en todo: la pasión de su corazón y las fuerzas de su espíritu no buscan nada más que verlo, poseerlo, gozar en Él.

La tierra le parece un gran exilio, una dura prisión, un tormento cruel. Siente disgusto y desprecio por el mundo, nada de lo que es terrenal puede halagarla, ni satisfacerla: es una gran pena para el alma estar así, tener que vivir lejos y extranjera en todos lados.

No puede olvidar su exilio ni apaciguar su languidez; el deseo la atormenta hasta suscitar compasión. Lo que experimenta es pasión y martirio sin comparación ni medida.

Tiene una gran sed de ser liberada de este destierro y desligada de los lazos de este cuerpo, suspira a menudo con un corazón ardiente, diciendo con el Apóstol: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*, es decir, quisiera ser desatada y permanecer con Cristo. Tal es la ardiente languidez, la dolorosa impaciencia que siente de ser liberada y morar con Cristo, no por el tedio de esta vida ni por el temor de las penas futuras, sino por la fuerza de un amor santo y eterno: el deseo de alcanzar el país de la eternidad, la gloria y la fruición, la mina, la consume y la devora.

Bajo el inmenso dominio de este deseo, su condición es dura y pesada: la pena y la sed que le hace padecer son indecibles.

Necesita vivir en la esperanza y esta espera misma la hace jactar y sufrir. ¡Ah, santos deseos del amor, cuánta fuerza tenéis en una alma enamorada!

¡Es un mal agudo y una vida moribunda!

El alma no puede subir allí arriba ni sentirse en paz aquí abajo. No puede soportar el pensamiento del Amigo. Ella lo desea tanto que la idea de ser privada de Él, la tortura incesantemente. Hay que vivir todos los tormentos. No puede ni quiere ser consolada, como dice el Profeta: *Renuit consolari anima mea* (Pr . 76,3), es decir, mi alma rechaza el consuelo.

Si ella lo rechaza a menudo, tanto de parte de Dios como de parte de las creaturas, es porque todo consuelo que recibe, haciendo crecer su amor, la atrae a un estado más alto, renueva su deseo de la fruición y le hace este exilio más intolerable.

Queda entonces excitada, desolada no obstante todos los dones que puede recibir, en tanto que es privada de la presencia del Amado.

Es una vida de grandes trabajos la suya, donde el alma rechaza todo consuelo y no admite ninguna tregua en su búsqueda. El Amor la llamó y la condujo; le mostró sus caminos que ha mantenido con fidelidad en medio de fuertes penas y pesados trabajos, con ardiente languidez y deseos estimulantes, gran paciencia y gran impaciencia, en las dulzuras y los dolores y en muchas heridas, en la búsqueda y la oración, en el hambre y la posesión, en la subida y en el suspenso, en la prosecución y en el abrazo, en la necesidad y la inquietud, en la angustia y en la preocupación, en la fiebre mortal, en la fe pura y frecuentemente en la duda.

Alegría o dolor, está lista a soportar todo; muerta o viva, ella quiere entregarse al amor, resiste en su corazón a inmensos sufrimientos y sólo por el amor quiere conquistar la Tierra Prometida.

Cuando es así probada en todo esto, la gloria es su único refugio. Porque esta es, por encima de todo, la obra del amor: quiere la unión más estrecha y el estado más alto, donde el alma se da a la unión más íntima.

Entonces la Amada no cesa nunca de buscar el amor, quisiera conocerlo y gozarlo siempre, pero esto no puede acontecer en este exilio. Quiere emigrar hacia este país donde ha fundado su morada y fijado su corazón, donde ya reposa con el amor. Porque ella lo sabe bien, es allí donde todo obstáculo desaparecerá y el Amado la abrazará tiernamente.

Contemplará apasionadamente lo que tan tiernamente ha amado, poseerá para su salvación eterna a Aquel a quien con tanta fidelidad sirvió; gozará en plenitud de Aquel a quien por el amor, abrazó tan frecuentemente en su alma.

Así entrará en la alegría de su Señor, como lo dice San Agustín: *Qui in te intrat, intrat in gaudium Domini sui, ...*

El que entra en Ti, entra en el gozo de su Señor, y no tendrá más temor, sino que será bienaventurado en el Bien soberano.

Es entonces cuando el alma está unida a su Esposo y se hace un solo espíritu con Él en un amor indisoluble y en una fe eterna.

Los que en el tiempo de la gracia se han aplicado al amor, gozarán de él, en la gloria eterna, donde nuestra única ocupación será la alabanza y el amor.

¡Dios quiera conducirnos a todos allí! Amén.

BIBLIOGRAFÍA

HADEWIJCH, *Lettres Spirituelles*- BÉATRICE DE NAZARETH, *Sept degrés d'amour*. Traduction du moyen-néerlandais por Fr. J. B. M. Porion, Genève, 1972.

J. B. PORION: *Hadewijch, mystique flamande et poétesse, 13e siècle*, en *Dictionnaire de Spiritualité VII* (1969), 13-23.

J. VAN MIERLO, SJ: *Béguins, Béguines, Béguinage*, en *Dictionnaire de Spiritualité, I*, 1937, 1341-1351.

ELIO PERETTO: *Movimenti spirituali laicali del Medioevo*. Ediz. Studium, Roma, pp. 123-131.

Monasterio Madre de Cristo
Casilla de Correo 16
7318 Hinojo (B)

FRANCA ANCONA, OCSO